

GABRIELA MISTRAL

Cordillera

CORDILLERA de los Andes,
Madre yacente y Madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta;
que en metales y que en amiantos
nos aupaste las entrañas,
hallazgo de los primogénitos,
Mama Oello y Manco Cápac,
tremendo amor y alzado cuerno
del hidromiel de la esperanza!
Jadeadora del Zodíaco,
sobre la esfera galopada;
corredora de meridianos,
piedra Mazzepa que no se cansa,
Atalanta que en la carrera
es el camino y es la marcha
y nos lleva pecho con pecho,
a lo madre y lo marejada,
a maná blanco y peán rojo
de nuestra bienaventuranza.

Caminas, madre, sin rodillas,
dura de ímpetu y confianza;
con tus siete pueblos caminas
en tus faldas acigüeñadas;
caminas de noche y de día,
desde mi Estrecho a Santa Marta
subiendo de las aguas últimas
el unicornio del Aconcagua.
Pasas el valle de mis leches,
amoratando la higuera;
cruzas el cingulo de fuego
y los ríos Dioscuros lanzas¹;
pruebas Sargassos de salmuera
y descendes alucinada...

Viboreas de las señales
del camino del Inca Hauyna,
veteada de ingenierías
y tropeles de alpaca y llama,
de la hebra del indio atónito
y del ¡ay! de la quena mágica.
Donde son valles, son dulzuras;
donde repechas, das el ansia;
donde azurean altiplanos
son anchuras de la alabanza.

Extendida como una amante
y en los soles reverberada,
punzas al indio y al venado
con el gengibre y con la salvia;
en las carnes vivas te oyes
lento hormiguero, sonda vizcacha;
oyes al puma ayuntamiento
y a la nevera despeñada,
y te escuchas el propio amor
en tumbo y tumbo de tu lava...
Bajan de ti, bajan cantando,
como de nupcias consumadas,
tumbadores de las caobas
y rompedor de araucarias.
Aleluya por el tenerte
para cosecha de las fábulas,
alto ciervo que vio San Jorge
de cornamente aureolada
y el fantasma del Viracocha,
bulto de niebla, vaho de habla.
¡Por las noches nos acordamos
de bestia negra y plateada,
leona que era nuestra madre
y de pie nos amamantaba!

En los umbrales de mis casas,
tengo tu sombra amoratada.
Hago, sonámbula, mis rutas,
en seguimiento de tu espalda,
o devanándome en tu niebla
o tanteándote el flanco de arca;
y la tarde me cae al pecho
en una madre desollada:
¡ancha pasión, por la pasión
de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,
halalí de piedras rodadas,
sueño de piedra que soñamos,
piedras del mundo pastoreadas;
enderezarse de las piedras
para juntarse con sus almas!
¡En el cerco del valle del Elqui,
en luna llena de fantasma,
no sabemos si somos hombres
o somos peñas arrobadas!
¡Vuelven los tiempos en sordo río
y se les oye la arribada,

¹El Cauca y el Magdalena.

a la meseta de los Cuzcos
que es la peana de la gracia.
Silbaste el silbo subterráneo
a la gente color del ámbar,
y desatamos tu mensaje
enrollado de salamandra;
y el destino que es de nosotros
nos exhalas en bocanada.

¡Anduvimos como los hijos
que perdieron signo y palabra,
como beduino o ismaelita,
como las peñas hondeadas,
aventados o envilecidos,
gajos pisados de vid santa,
hasta el día de recobrarnos
como amantes que se encontrarán!

Otra vez somos los que fuimos,
cinta de hombres, anillo que anda,
viejo tropel, larga costumbre
en derechura a la peana,
donde quedó la madre augur
que desde cuatro siglos llama,
en toda noche de los Andes
y con el grito que es lanzada.

Otra vez suben nuestros coros
y el roto anillo de la danza,
por caminos que eran de chasqui¹,
y en respunte de llamaradas.

¹Chasquis, correos quechuas.

Son otra vez adoratorios
jaloneando la montaña,
y la espiral en que columpian
mirra-copal, mirra-capaiba,
¡para tu gozo y nuestro gozo
balsámica y ambalsamada!
Al fueguino sube al Caribe
por tus punas espejeadas;
a criaturas de salares
y de pinar, lleva a las palmas.
Nos devuelves al Quetzalcóatl
acarreándonos al maya,
y en las mesetas cansa-cielos,
donde es la luz transfigurada,
braceadora, ata tus pueblos
como juncales de sabana.

¡Suelde el caldo de tus metales
los pueblos rotos de tus abras;
cose tus ríos vagabundos,
tus vertientes acainadas;
purifícanos y condúcenos;
a hielo y fuego purifícanos!
Te llamemos en aeluya
y en letanía arrebatada:
¡Especie eterna y suspendida,
Alta-ciudad - Torres doradas,
Pascual Arribo de tu gente,
Arca tendida de la Alianza!

Tala. Editorial Sur. Buenos Aires, 1938. Págs. 98-104.

Lago Llanquihue

Lago Llanquihue, agua india
antiguo resplandor terrestre;
agua vieja y agua tierna,
bebida de la vieja gente:
y en tu pecho de marinero
tatuado de señales verdes.

Agua sobrenatural
que eres lo que no eres,
Santo del agua de Chile,
que tienes lo que no tienes:
cargas lo mismo que el Toqui
tus orillas por mujeres
y la carga verde llevas,
heroico sobre la frente.

Bebo en tu agua lo que he perdido:
bebo la indiada inocente:
tomo el cielo, tomo la tierra,
bebo la patria que me devuelves.

Cincuenta años esperamos,
tú con aguas, yo con sedes.
La Llanquihue, Capitán,
te llegó antes de mi muerte,
con la boca que me dieron,
agua mía para beberte.

Baja y salta, por mi pecho
el agua blanda, el agua fuerte
entrebada de los helecchos
y las quilas medio-serpientes.

Baja recta, agua querida,
baja entera en hebras fieles,
date lenta, date rápida
y me sacies y me entregues
el cielo mío, los limos míos
y la sangre de toda mi gente.

Bebo quieta lo que me das,
igual que bebe, curvado, el ciervo:
bebo pausada, regustándote,
bebo y sólo sé que bebo.

Perdón de tu frente rota,
perdón de tu surco abierto.
Como el niño y el huemul,
porque te amo, te quiebro.

Lago de Llanquihue, arcángel
que se me da prisionero,
gesto que mi antojo sirves,
abajadura del cielo
doblada y caída, no hablo,
cegada de sordo ciego,
y, por hija, nada digo:
te bebo contrita, te bebo...

Volcán Osorno

Volcán de Osorno, David
que te hondeas a ti mismo,
mayoral en llanada verde,
mayoral ancho de tu gentío.

Salto que ya va a saltar
y que se queda cautivo;
lumbre que al indio cegaba,
huemul de nieves, albino.

Volcán del Sur, gracia nuestra,
no te tuve y serás mío,
no me tenías y era tuya,
en el Valle donde he nacido.

Ahora caes a mis ojos,
ahora bañas mis sentidos,
y juego a hacerte la ronda,
foca blanca, viejo pingüino...

Cuerpo que reluces, cuerpo
a nuestros ojos caído,
que en el agua del Llanquihue
comulgan, bebiendo, tus hijos.

Volcán Osorno, el fuego es bueno
y lo llevamos como tú mismo;

el fuego de la tierra india,
al nacer, lo recibimos.

Guarda las viejas regiones,
salva a tu santo gentío,
ve la indiada de leñadores,
guía chilotes que son marinos.

Guía a pastores con tu relumbre,
Volcán Osorno, viejo novillo,
¡levanta el cuello de tus mujeres,
empina gloria de tus niños!

¡Boyero blanco, tu yugo blanco,
dobla cebadas, provoca trigos!
Da a tu imagen la abundancia,
rebana el hambre con gemido.

¡Despeña las voluntades,
hazte carne, vuélvete vivo,
quémanos nuestras derrotas
y apresura lo que no vino!

Volcán Osorno, pregón de piedra,
peán que oímos y no oímos,
quema la vieja desventura,
¡mata a la muerte como Cristo!

Antología. Zig-Zag. Santiago de Chile, 1953, páginas 45-47.

Desolación

PAISAJE DE PUNTA ARENAS

La bruma espesa, eterna, para que olvide
me ha arrojado la mar en su ola de sal-
[donde
[muera.

La tierra a que vine no tiene primavera:
tiene su noche larga que cual madre me
[esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de so-
[llozos

y de alarido, y quiebra, como un cristal,
[mi grito.
Y en la llanura blanca, de horizonte infi-
[nito,
miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí
[ha venido
si más lejos que ella sólo fueron los muer-
[tos?

¡Tan sólo ellos contemplan un mar calla-
[do y yerto

crecer entre sus brazos y los brazos queri-
[dos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el
[puerto
vienen de tierras donde no están los que
[son míos;
sus hombres de ojos claros no conocen mis
[ríos
y traen frutos pálidos, sin la luz de mis
[huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta
al mirarlos pasar, me descende, vencida;
hablan extrañas lenguas y no la conmovi-
[da
lengua que en mis tierras de oro mi vieja
[madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la
[huesa;

miro crecer la niebla como el agonizante,
y por no enloquecer no cuento los instan-
[tes,
porque la noche larga ahora tan solo em-
[pieza.

Miro el llanto extasiado y recojo su duelo,
que vine para ver los paisajes mortales.
La nieve es el semblante que asoma a mis
[cristales;
¡siempre será su albura bajando de los
[cielos!

Siempre ella silenciosa, como la gran mi-
[rada
de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre
[mi casa;
siempre como el destino que ni mengua
[ni pasa,
descenderá a cubrirme, terrible y extasia-
[da